

La marcha de la revolución sandinista

ARTURO SOSA A.

Hay varias maneras de hacer el balance de un complejo proceso social como es una revolución en un país de dimensiones relativamente pequeñas y largamente sometido a la descarada dominación del imperio capitalista. Esas maneras de hacer el balance están condicionadas por la postura, consciente o inconsciente, que se tenga ante el hecho mismo de la revolución, además de la cantidad y calidad de la información que se maneje.

El balance de un año de revolución sandinista consiste, para un buen sector de los venezolanos y de los latinoamericanos, en una especie de esfuerzo por "demostrar" el fracaso de la revolución. Para ello se recurre, como "base objetiva", a que todavía existen serios problemas de abastecimiento, salud, vivienda, productividad etc., a lo que se añaden algunos datos para demostrar la "radicalización" del proceso: quejas de los industriales privados, salida de algunos miembros de la Junta de Gobierno, visitas a los países socialistas, ausencia de elecciones. Detrás de este tipo de análisis se esconde una posición claramente antirrevolucionaria, incluso siendo anti-dictatorial o anti-somocista, es decir, se esconde una opción por el capitalismo como sistema económico que debe tener su expresión política en la democracia burguesa, visceralmente anticomunista y militantemente anti-socialista.

Nosotros quisiéramos hacer un balance partiendo de otra perspectiva; la revolución es un proceso que supone enormes dificultades en cuanto se trata de transformar la estructura opresora de una sociedad. En este sentido supone intentar la solución de los problemas del pueblo desde otra plataforma de relaciones sociales. En este sentido su principal "fracaso" sería perder la posibilidad (el poder) de hacerlo. Se trata de ir eliminando el hambre, el trabajo esclavizante y toda la maraña de inhumanidad en la que ha vivido el pueblo no por efecto de la revolución o de sus medidas, sino de las estructuras que intentan sustituirse. La coyuntura de la lucha insurreccional contra la dictadura somocista produjo una relación de fuerzas favorables a la revolución. Sin embargo, subsisten fuerzas, internas y externas, contrarias que hacen que el camino hacia

una nueva Nicaragua popular no sea un camino abierto y fácil, sino una "trocha" que se va abriendo paulatinamente. Desde esta perspectiva, los problemas que subsisten, e incluso los que puedan surgir no pueden calificarse con simpleza como fracasos de la revolución. Igualmente los logros hay que medirlos en relación al cambio estructural conseguido.

En números anteriores de SIC hemos analizado aspectos importantes de la revolución nicaragüense: el reto económico (No.422, Febrero 1980) y la Cruzada Nacional de Alfabetización (No. 424, Abril 1980). En este balance vamos a centrar nuestra atención en aspectos menos tocados en las informaciones internacionales y que poseen una importancia determinante en la consolidación del proceso revolucionario: la cuestión de la "lucha ideológica", la creación de una identidad nacional y la formación de una base popular organizada en relación con el nuevo Estado nicaragüense.

SANDINO: SIMBOLO DE LA UNIDAD NACIONAL

La formación de una conciencia nacional, nacida de una identidad popular, es uno de los retos más difíciles de una transformación revolucionaria. La dominación capitalista logra una compleja sutileza en la creación de una falsa conciencia que hace que el pueblo oprimido se identifique a sí mismo con los valores e ideología de la clase dominante. Quebrar este aspecto de la dominación es tarea impostergable en el esfuerzo de establecer unas nuevas relaciones sociales.

De aquí la importancia del sandinismo como identificación de la revolución nicaragüense. Augusto César Sandino (1895-1934) es un hombre del pueblo que encarna la lucha por la autonomía de una nación sometida al extranjero, en connivencia con compatriotas incapaces de sobreponer los intereses de su pueblo a los suyos propios. Anastasio Somoza García y Anastasio Somoza Debayle son hombres de la oligarquía que expresan la antipatriótica y antipopular alianza con los capitalistas norteamericanos a fin de someter una parcela del pueblo latinoamericano a los intereses imperialistas, recibiendo como contrapartida

la primacía de los intereses de su clase en esa parcela.

El sandinismo se convierte en el símbolo del pueblo explotado por el terrateniente criollo, en función de los intereses del capitalismo internacional, que no vacila en invadir militarmente, que lucha por su liberación. Resume la utopía de una sociedad sin explotación, una sociedad que se conquista por la lucha hasta la muerte del pueblo que espera construirla.

La victoria definitiva contra Anastasio Somoza D. el 19 de julio de 1979 es la victoria de la lucha iniciada por A.C. Sandino en 1927. Por eso, la nueva Nicaragua es la Nicaragua Sandinista, las fuerzas armadas que derrocaron a la Guardia Nacional somocista deben llamarse Ejército Popular Sandinista, la organización política debe identificarse como Estado Sandinista, la educación se impartirá en la Escuela Sandinista y el pueblo se agrupará en organizaciones sandinistas... La organización que liderizó la marcha hacia la victoria y cumple el papel de vanguardia del proceso de transformación supo recoger esa tradición de lucha popular y se identificó desde su nacimiento como Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Esta simbología ganada en la victoria y en la larga lucha que llevó a ella, se convierte ahora en punto de referencia para la realización de la utopía de una sociedad en la que el pueblo nica libre, viva sin opresión, fraternalmente vinculado con los latinoamericanos, en forma autónoma y autogestionada, en fin, profundamente sandinista.

Podemos preguntarnos, a estas alturas, por el contenido de esa simbología. El pensamiento de A.C. Sandino puede resumirse en tres líneas fundamentales: anti-imperialismo, nacionalismo e internacionalismo. El anti-imperialismo es su nota más recurrente. La presencia invasora de los marines norteamericanos durante 14 años en Nicaragua y su experiencia personal de trabajador en compañías norteamericanas en su patria y México, hacen del anti-imperialismo un elemento central de su posición política. Sandino entiende no sólo la parte superficial del imperialismo invasor, sino su base económica y su extensión a todo el continente latinoamericano. Los intereses norteamericanos, agazapados de-



trás de la Doctrina Monroe, ven en Nicaragua un punto importante para afianzar su dominio sobre toda América Latina: la construcción de un canal interoceánico es clave para entender la invasión e intereses norteamericanos en la tierra de Sandino. Por eso, llega a distinguir entre los intereses imperialistas y la posición de algunos sectores del pueblo norteamericano. A los primeros hay que combatirlos hasta la muerte, a los segundos se les considera colaboradores si vienen a construir la patria juntos. De la misma manera, la lucha de liberación planteada por Sandino debe extenderse a todo el continente indo-hispano.

La lucha de Sandino posee, por otra parte, un carácter nacionalista concreto, emanado del pueblo mismo y no de un concepto abstracto. El imperialismo ha suprimido la autonomía de la nación. Organiza, entonces, el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, al cual llama a todo nicaraguense que sienta la patria. Todos sus símbolos giran alrededor de esta idea. Patria y Libertad, la bandera rojinegra, etc., aluden a la disposición de morir combatiendo por el restablecimiento de la soberanía de la nación. Sandino quiso y supo comunicar

su nacionalismo al pueblo nica. Su lucha e incluso su supervivencia dependía de esa interrelación con el pueblo. Lucha como representante de ese pueblo cuya constitucionalidad ha sido violada por el invasor norteamericano.

Si el imperialismo no respeta fronteras para extender su explotación, la lucha liberadora convoca a toda la raza indo-latinoamericana. El triunfo de la lucha sandinista se quedaría en nada si se redujera al territorio de Nicaragua, la patria chica. Por eso, ningún pueblo latinoamericano puede quedarse impasible ante las intervenciones de la "bestia rubia", si lo hace demuestra una lamentable ceguera política. Sandino admira a hombres como Simón Bolívar y San Martín que pensaron en términos de la Patria Grande y a todos los que han combatido y caído defendiéndose de las invasiones. Su sentimiento internacionalista era tan fuerte que llegó a afirmar que la Unión Centroamericana tenía mucho más importancia que su movimiento en Nicaragua.

El FSLN recoge y potencia esa tradición de lucha. La referencia a Sandino y a la liberación de la nación vincula su organización a las luchas

populares anteriores. Su estrategia de guerra de guerrillas contra el imperialismo invasor también resucita la disposición popular de conquistar una Patria Libre o Morir.

El FSLN no se alimenta ideológicamente sólo del pensamiento de Sandino. Su propuesta para Nicaragua es un proyecto de sociedad socialista, su análisis socioeconómico se inscribe en la corriente marxista, su reflexión sobre el partido y la revolución obrero-campesina alude al leninismo, en síntesis, asume, junto con el sandinismo, la teoría revolucionaria que pretende la realización de una sociedad sin clases. Sin embargo, el marxismo del FSLN no es, ni ha sido, un marxismo dogmático y mecanicista. De allí que el FSLN haya podido convocar al pueblo nicaraguense y que la victoria contra Somoza se haya realizado gracias a la convergencia de sectores de todas las clases sociales. De allí, que el proceso revolucionario recoja las condiciones reales, las aspiraciones y la relación de fuerzas existente en el país para caminar hacia una sociedad sin explotación, evitando el trasplante o imposición de modelos prefabricados en etapas pre-determinadas.

CRISTIANOS SANDINISTAS

Un elemento clave en la lucha ideológica y en la definición de la identidad nicaraguense, es el factor religioso, concretamente el cristianismo. En Nicaragua nos encontramos con una experiencia inocultable: la participación masiva de cristianos en la revolución sandinista, de cristianos miembros del FSLN, de cristianos sandinistas, por tanto, de cristianos que han luchado y dado su vida por una revolución socialista. La proclamada incompatibilidad teórica entre marxismo y cristianismo se derrumba de repente, ante la masiva participación de cristianos en la revolución sandinista, y ante la acogida pacífica, tranquila y natural de la expresión religiosa del pueblo nicaraguense por la revolución misma. *Contra facta* —decían los antiguos escolásticos— *argumenta non valent*.

Este rasgo parece propio de una revolución popular, realizada por un pueblo que se expresa cristianamente, es decir, podría interpretarse como una característica más de lo popular de la revolución y de la encarnación de la revolución en las características propias del pueblo nicaraguense.

Sin embargo, el fenómeno tiene implicaciones más profundas. En el fondo estamos ante una experiencia en la que cristianos organizados, puestos al servicio de los oprimidos —la iglesia que

nace en el pueblo— se encuentra interrelacionada con el pueblo que se organiza para conquistar su liberación, con la Organización Popular en sus complejas y variadas manifestaciones. En esta experiencia encontramos múltiples variantes. Nuestra reflexión se centra, en este momento, en aquellos grupos y personas que han llegado a vivir la revolución y la fe cristiana como una invitación al compromiso por dar un paso histórico hacia una sociedad más humana. Es decir, nos interesa plantearnos, porque nos lo plantea la propia realidad nicaragüense, el problema de la construcción del proceso revolucionario como acercamiento a la sociedad socialista (ángulo político) y simultáneamente como aproximación a la realización del Reino de Dios (ángulo teológico)

Desde la perspectiva de un revolucionario no-creyente, la experiencia nicaragüense obliga a una des-ideologización y a una des-dogmatización de la teoría revolucionaria que plantea la imposibilidad de la participación de creyentes en un proceso revolucionario.

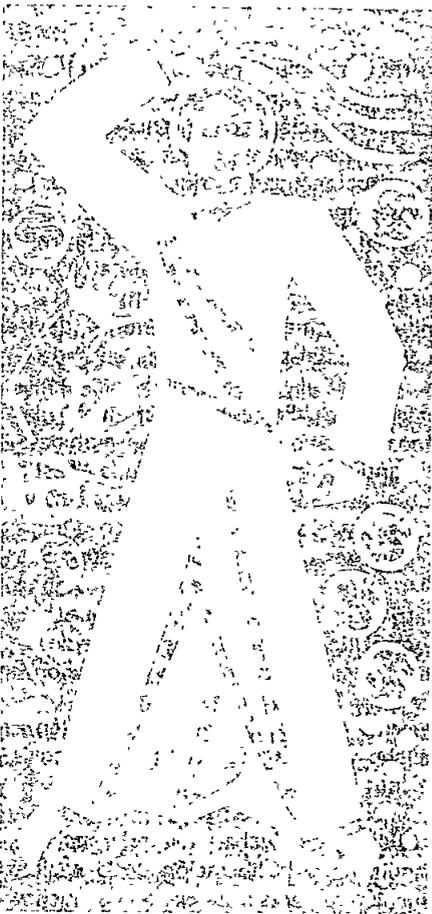
Desde la perspectiva de un revolucionario cristiano supone, también, una riquísima experiencia de des-ideologización de lo religioso: encontrarse en la misma lucha con compatriotas que aman al hermano por encima de cualquier interés personal y que dan su vida por él, sin proclamar que mueren en virtud de la fe en Dios, enfrenta al cristiano a la necesidad de liberarse del prejuicio exclusivista y sectario de sólo poder encontrarse con el amor verdadero dentro de los límites de la confesión de fe cristiana. Se encuentra, además, ante la necesidad de reconocer la autenticidad de un movimiento revolucionario que no se autoproclama "cristiano", con lo que puede, también, evitar la tentación de quere apoyar a su religión y a su iglesia en el nuevo poder social.

La vivencia hecha conciencia de la situación inhumana de las condiciones de vida de la mayoría de los nicaragüenses, de la manipulación para la dominación de la fe cristiana, y en contraste con las exigencias del Evangelio, hace comprensible que para tantos cristianos la revolución se presente como mediación concreta del amor al prójimo, amor a las multitudes. Se presenta como la opción concreta a quien acepta "perder su vida para ganarla", porque en una nueva sociedad, con formas nuevas de apropiación del trabajo colectivo se intuyen mayores garantías de libertad y fraternidad.

Existen, además, otros niveles en

la vivencia de la relación entre ser cristianos y ser sandinista. En otras palabras, así como constatamos la existencia de cristianos sandinistas, tenemos que reconocer que la iglesia católica, como conjunto o como institución, no es sandinista, ni revolucionaria, ni impulsora del socialismo, aunque tampoco se opone a él en las condiciones específicas de Nicaragua (véase la carta pastoral del episcopado nicaragüense "La Iglesia en la Nueva Nicaragua" en SIC No.421, enero 1980). La novedad cobra así mayor significación: en una situación compleja como la del proceso nicaragüense, los cristianos no dan una respuesta automática, salida de aparente seguridad del dogma, sino dan una variedad de respuestas, entre las cuales se manifiesta con mayor o menor fuerza la presencia del Espíritu de liberación que anima el caminar cristiano en la historia.

La presencia significativa de cristianos sandinistas en el proceso revolucionario nica significa un nuevo aporte a la teoría revolucionaria, surgido de la propia praxis revolucionaria. Significa un aporte a la teología latinoamericana que debe recoger estos esfuerzos de "hacerse próximo" del oprimido. Significa un aporte a la Iglesia católica en su esfuerzo de ser signo (sacramento) de liberación.



Y significa, en fin, una Buena Noticia para los pobres, pues hay posibilidad histórica concreta de que la Iglesia como conjunto se ponga del lado de los oprimidos e impida que su mensaje siga siendo usado por los sectores opresores de la sociedad para afianzar su dominio.

LA BASE POPULAR ORGANIZADA

Otra necesidad imperiosa de la revolución nicaragüense para mantener su carácter popular y asegurar desde ahora la realización de una sociedad cualitativamente distinta, es la organización del pueblo de manera que éste sea el sujeto real de la transformación estructural del país. La organización de una base social popular es una tarea nada simple y radicalmente distinta de la organización para luchar contra la dictadura, aunque la experiencia previa es un bagaje nada despreciable

Hacer del pueblo nicaragüense un pueblo organizado en función de sus intereses pasa por una necesaria toma de conciencia de la realidad que se quiere transformar, de hacia dónde se quiere caminar, de quiénes son los aliados, compañeros, y quiénes los enemigos o quiénes pueden entorpecer o retrasar la marcha, y de los obstáculos, potencialidades y relación de fuerzas reales existentes. La masiva participación popular en la insurrección surtió un efecto movilizador y de concientización importante, pero no suficiente. En la misma insurrección era el FSLN quien llevaba la iniciativa, entre otras cosas por la inexistencia de una organización popular vigorosa y extendida. A la caída de Somoza la organización del pueblo está apenas en sus inicios. El esfuerzo de un año de revolución, en este sentido, se concentra en la creación de organizaciones de masas a diversos niveles de la población y de las tareas de la Reconstrucción.

A nivel campesino, base fundamental de la economía y de la población del país, se potencia la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) que había nacido al calor de las luchas por la tierra y el trabajo desde 1976 y formalmente en 1978. Después del triunfo la ATC crece vertiginosamente y por todo el territorio nacional. De unos dos mil miembros pasa a más de sesenta mil en catorce departamentos. Se organiza en base a cuatro modelos: los sindicatos en fincas privadas, las Cooperativas de Crédito y Servicios (CCS) que agrupan a pequeños propietarios y las Cooperativas o Comunas Agrícolas Sandinistas (CAS) que poseen la tierra en común, sin propiedad individual. La ATC a-

fronta una serie de problemas en su consolidación como organización del campesino. Derivados del tipo de cultivos y sus ciclos se presentan problemas de poca estabilidad en el trabajo y de una extraordinaria movilidad de la mano de obra. Las distancias y dificultades de comunicación junto con un rápido crecimiento de los asociados que ha provocado una escasez de cuadros y la carencia de recursos, son problemas difíciles de superar a corto plazo.

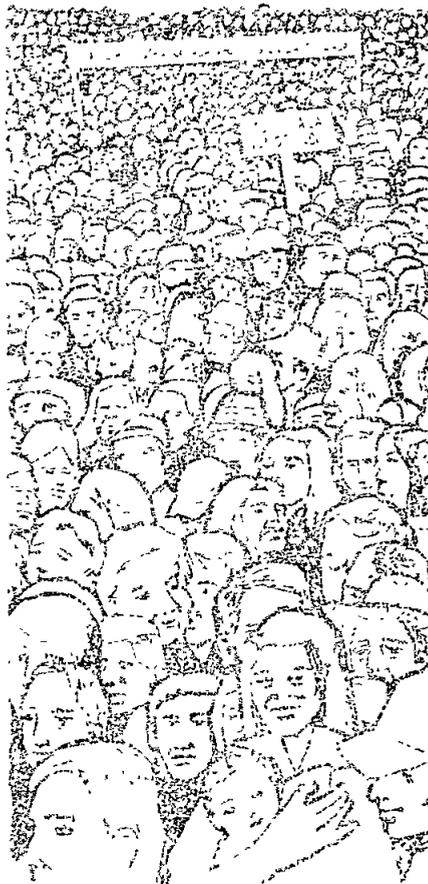
En el terreno del mundo obrero se crea la Central Sandinista de Trabajadores. La importancia de esta organización ha provocado también algunas tensiones con otras centrales sindicales ya existentes, con los vicios establecidos por el sindicalismo durante el período dictatorial y las tensiones nacidas de una organización que nace prácticamente de cero y pretende ofrecer una alternativa revolucionaria a la acción obrera. Las principales tareas asumidas por los sindicatos afiliados a la CST son: el incremento de la producción, el desarrollo del comportamiento de clase, el desarrollo de una política de masas, el fortalecimiento del poder sandinista, y el establecimiento de una participación en las tareas del Estado. La CST se ha visto en el centro de la discusión sobre la conveniencia o no de una central única de trabajadores, ha sido acusada de "gobiernista". La escasez de cuadros, que también afecta a la CST, y la inexperiencia en cuanto a la función de una Central Sindical en la actual etapa revolucionaria, han sido dos de las principales dificultades durante este año.

Otra experiencia de organización popular muy extendida son los Comités de Defensa Sandinista (CDS), derivados de los Comités de Defensa Civil surgidos durante la lucha contra Somoza. Los CDS surgieron como organizaciones vecinales y asumieron una gran cantidad de funciones en los primeros meses de revolución: reparto de víveres y medicinas, coordinación del trabajo voluntario para la reconstrucción, múltiples formas de reunión para orientar a la población y fueron el gran vehículo de la "fiesta popular" que siguió al triunfo de la revolución. A medida que se ha ido estabilizando la situación, los CDS se perfilan como organizaciones populares para la gestión local. Todavía no están demasiado claras las tareas y responsabilidades que deben y pueden asumir este tipo de organizaciones; sin embargo, encierran un inmenso potencial de canalización de las posibilidades de la autogestión popular. En ellos se presentan más visiblemente que en otros tipos de

organización popular problemas de infiltración de somocistas o contrarrevolucionarios, de oportunistas o caciques locales.

Como esfuerzo de organización popular encontramos también la Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amelía Espinoza (AMNLAE). Su desarrollo organizativo va a ser mucho más lento, dada la mayor dificultad de cuadros con experiencia y la multiplicidad de participación de la mujer en diferentes niveles de organización popular. La importancia de la AMNLAE viene sobre todo del replanteamiento sobre el papel de la mujer en la sociedad que implica otra dimensión importante de la lucha ideológica. En una perspectiva más a corto plazo, la AMNLAE se propone la incorporación de la mujer a la producción.

Una visión simplista del proceso nicaragüense ha querido ver en estas organizaciones populares unos meros apéndices instrumentales de las políticas del Estado. Si tal afirmación resultara verdadera la revolución no sería tal. Conociendo más de cerca el proceso ese juicio resulta falso y no toma en cuenta



el inmenso esfuerzo organizativo que ha supuesto la puesta en marcha del proceso de organización del pueblo en los niveles señalados, junto con las tareas propias de reconstruir un país asolado por varias décadas de dictadura y los efectos de la guerra de liberación.

EL NUEVO ESTADO SANDINISTA

El Estado en una sociedad es el aparato de poder político a través del cual se expresan los objetivos de esa sociedad y se busca eficazmente su realización. Es, entonces, el fruto y la expresión de la correlación de fuerzas existentes. En una sociedad capitalista, el Estado expresará y actuará en función del esquema de dominación de clases de esa estructura social. En una sociedad en pleno esfuerzo de transformación estructural el Estado impulsa esas nuevas relaciones. Por eso afirmamos que en Nicaragua existe hoy un Estado Sandinista.

En la Nicaragua Sandinista domina una alianza de clases formada por los campesinos, obreros y algunos sectores de la burguesía, cuya concreción política es el Frente Sandinista. En este sentido, la mayor responsabilidad en cuanto a la orientación del Estado la posee el FSLN como expresión del sandinismo que identifica y une al pueblo nica en su camino de liberación.

La conformación y acción del nuevo Estado sandinista debe asegurar, por tanto, la subordinación política de los elementos dinámicos de la sociedad a la tarea de construir unas nuevas relaciones sociales. Parte fundamental de este esfuerzo es la actividad económica. El Estado interviene planificando esta actividad, controlando el capital financiero y aquellos sectores estratégicos de la producción y la comercialización.

Al FSLN como principal poder organizado de la revolución, le corresponde, sin confundirse con el Estado, el papel de garantizar que la acción del Estado impulse la transformación revolucionaria. Sin embargo, su tarea no se limita al Estado. Quizás su principal responsabilidad se sitúe en la consecución de una auténtica Organización Popular Sandinista, verdadera base social de un Estado que a la larga subordine su acción a los intereses populares.

Después de un año de revolución, en el que se han dado pasos importantes, la tarea se presenta compleja e inmensamente grande. El entusiasmo popular sigue siendo un factor presente, pero es necesario convertirlo en energía creadora organizada puesto que, en gran parte, aún todo está por construir, si se quiere un proceso estable e irreversible.